



www.loqueleo.santillana.com

- © 2009, Inés Garland
- © 2009, 2011, 2014, Ediciones Santillana S.A.
- © De esta edición:

2015, Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4389-0

Hecho el depósito que marca la ley 11.723 Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*.

Primera edición: octubre de 2015.

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: María Fernanda Maquieira

Cubierta: Eva Lucía Domínguez

Foto de cubierta: © Vasiliy Koval-Fotolia.com

Dirección de Arte: José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico: Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Garland, Inés

Piedra, papel o tijera / Inés Garland. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

192 p.; 22 x 14 cm. - (Roja. Narrativa contemporánea)

ISBN 978-950-46-4389-0

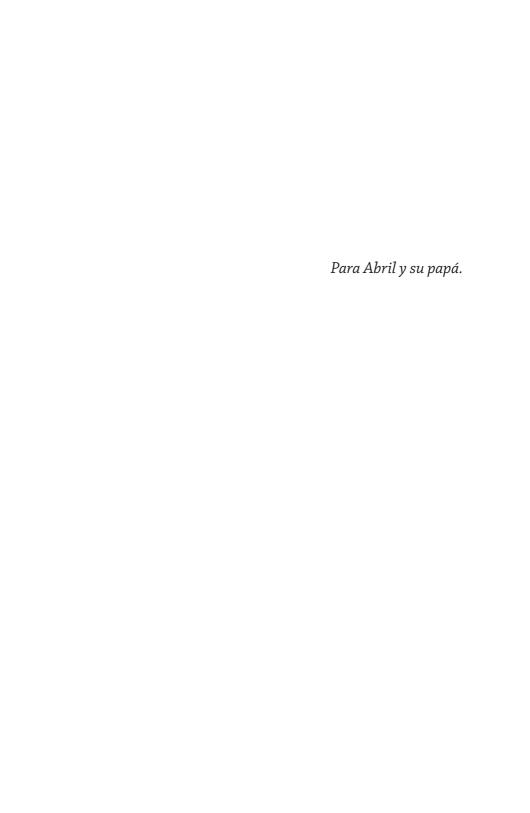
1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Título. CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma, ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015, EN ENCUADERNACIÓN ARÁOZ S.R.L., AV. SAN MARTÍN 1265, (1704) RAMOS MEJÍA, REPÚBLICA ARGENTINA.

PIEDRA, PAPEL O TIJERA

Inés Garland





☐ l día que conocí a Carmen y a Marito, el jardín de la isla había amanecido inundado. Los ✓ árboles parecían flotar muy derechos y las casas de los vecinos, al otro lado del río, eran como animales acuáticos, inmóviles sobre sus largas patas. Salí a la galería en puntas de pie para no despertar a mis padres. Quería ir a jugar al jardín antes de que vieran la creciente, porque a la única que le gustaban las crecientes era a mí; ellos se ponían enseguida a levantar los muebles y la heladera, y había que volver a Buenos Aires. El agua tapaba cinco de los diez escalones a la casa. Calculé la profundidad: por encima de la rodilla, una medida perfecta para jugar en el fondo del jardín, entre las mandarinas y los kinotos, donde los adultos solo iban los domingos a la tarde en los meses de invierno a llenar un canasto para llevar a la ciudad. Caminé con pasos grandes, moviendo los brazos para hacer equilibrio, rozando el agua con la punta de los dedos -las alas, yo era un pájaro inmenso a punto de tomar vuelo-, el barro se me metía entre los dedos y briznas de pasto suelto se me quedaban pegadas a las piernas. Carmen estaba ahí, justo antes de la zanja grande. La vi de lejos, sentada en una rama, con los pies en el agua, como si hubiera estado así desde siempre. De sus pies brotaba otra chica idéntica, de agua, y las dos sonreían como el gato de Alicia en el País de las Maravillas.

Cuando me acerqué la chica de agua se rompió y la que estaba sobre la rama bajó de un salto. Era más alta que yo. Tenía puesto un short sucio de barro y una remera a rayas que había sido mía y le quedaba corta.

—¿Vamos a pedirle a mi abuela que nos dé el desayuno? —dijo como si hablara con una vieja amiga, y se alejó por el agua con aires de princesa, moviendo como aspas sus brazos flacos.

Su confianza me ató a ella con un hilo invisible y la seguí sin preguntas.

—Ahora yo voy a vivir acá —me anunció cuando cruzábamos el puente hacia lo de doña Ángela.

Doña Ángela era la mamá de los vecinos isleños y la abuela de Carmen. Vivía con cuatro de sus ocho hijos en una casita del otro lado del riacho que separaba nuestro terreno del de ellos. Yo nunca había estado ahí y ahora cruzaba el puente colgante detrás de mi nueva amiga, la vista fija en la trenza negra que le bailaba por la espalda y le llegaba hasta la cola.

—Yo y mi hermano vamos a vivir en lo de mi abuela —insistió dándose vuelta. La trenza pegó un chicotazo—; el burro adelante para que no se espante. Mi hermano y yo, digo.

—¿Con tu papá y tu mamá?

Barrió el aire con la mano como si los padres fueran algo que se pudiera borrar así, de un manotazo (después supe por mi papá que la mamá de Carmen los había abandonado para irse con un marino que vivía en Comodoro Rivadavia y que el padre trabajaba en el Tigre en un astillero y no se podía ocupar de ellos). Doña Ángela estaba en el muelle. El agua cubría los tablones del piso, y la baranda y el banquito descascarados. Fin de semana tras fin de semana durante toda mi infancia yo había visto a doña Ángela sentada en el muelle.

Quieta, enorme, vestida de negro, con el pelo blanco desordenado alrededor de la cabeza, como una nube, miraba pasar el río desde la mañana temprano. Cuando nos vio se paró despacio y caminó hacia nosotras levantándose apenas el vestido que le flotaba alrededor de las piernas. Se agachó para besarme. Una cadena de plata muy finita quedaba atrapada en la línea que dividía sus pechos inmensos. Quedé hipnotizada por lo que veía: ese lugar blando y tibio, tan diferente del escote huesudo de mi madre, se balanceaba apenas y me invitaba a hundirme en él, a dejarme envolver por su dulzura.

—Vamos, que les hago unas tortas fritas —dijo doña Ángela y la seguimos como pollitos.

La casa de los isleños era un cubo de madera ladeado y no estaba construida sobre pilotes. Mi papá siempre decía que había que ayudarlos a construir algo mejor, pero ese plan se postergaba cada año por diferentes motivos y ahora, por primera vez, yo pude entender por qué mis padres tenían esa conversación cada vez que crecía el río.

Esa mañana la cocina de doña Ángela era un espacio inundado, mal iluminado por la resolana que entraba a través de una ventanita cubierta por una tela vieja. Una nube de vapor salía de una pava que hervía sobre la cocina de hierro y el ruido metálico de la tapa que golpeaba sobre la boca de la pava resonaba en el silencio. Desde algún lugar llegó la voz irritada de un hombre.

—Alguien apague esa pava —dijo.

Su cara se asomó desde un entrepiso elevado que balconeaba sobre el espacio de la cocina. Me miró. Yo no alcanzaba a ver su cara con claridad; la luz que entraba por la ventanita le iluminaba un solo ojo, hosco y cansado.

- -- Mamá -- protestó, levantando la voz.
- La mano caliente de Carmen envolvió la mía.
- —Voy a hacerles unas tortas fritas a las nenas, Tordo —dijo doña Ángela, y la cara desapareció en la oscuridad como por un conjuro.
 - —Se va a acabar la harina —dijo la voz del Tordo.
- —Chico tiene que ir al almacén esta tarde —dijo doña Ángela y descorrió la tela de la ventanita.

La resolana iluminó un par de piernas flacas que se descolgaban desde el entrepiso, los dedos de los pies se abrieron y se cerraron en abanico y soltaron una nubecita de tierra que quedó suspendida en el aire. Alcé la vista. Sobre mi cabeza, como una aparición, vi por primera vez la cara de Marito, su piel brillante, sus ojos negrísimos, su nariz, su boca llena y burlona, la pequeña cicatriz que, supe después, un mordisco de nutria le había dejado en el labio superior.

- —La Pinta puso un huevo en la viga —dijo y se dejó caer a mi lado sosteniendo en el aire un huevo blanco y liso.
 - -¡Nos salpicaste! -dijo Carmen enojada.
 - —Tan secas que estaban —dijo él.

Carmen y yo nos miramos las piernas hundidas en el agua hasta los muslos y empezamos a reírnos. Carmen seguía teniéndome de la mano y ahora se puso ante mí y así, paradas una frente a la otra, nos reíamos como si lo que había dicho Marito fuera la cosa más graciosa del mundo, como si no existiera en la vida nada más que esas ganas de reírnos.

Años después de esa mañana inundada, una bruja me dijo que no era la primera vez que ellos y yo estábamos juntos en este mundo. Nuestras almas, dijo, ya se conocían y habían vuelto a esta vida a compartir un sueño.

In lunes, a mediados de ese otoño, volvió Mabel, la madre de Carmen y de Marito. Vino sin el marino y con el bebé que había tenido la Navidad anterior, pero yo no la conocí porque para el viernes a la tarde, cuando llegué, ya se había vuelto a Comodoro Rivadavia. Les dijo a todos que había venido a ver a sus hijos, pero nadie le creyó. Cuando se fue dejó al bebé, como si se lo hubiera olvidado, o por lo menos así decía Carmen, que decidió hacerse cargo de su hermanito y lo llevaba con nosotras a todas partes metido dentro de un trapo triangular que doña Ángela le armó con uno de sus vestidos viejos.

—Podríamos bautizarlo Mowgli —dije yo en cuanto lo vi.

Esa semana había terminado de leer *El libro de las tierras vírgenes*, y el bebé, con su pelo negro como un cepillo y sus ojos alargados, me hizo recordar las ilustraciones de mi libro.

—Se llama Lucio —dijo Carmen y por la cara que me puso me di cuenta de que mi idea no le había gustado para nada.

El juego de las lobas sí le gustó y durante varios fines de semana nos íbamos al fondo del jardín, armábamos una especie de nido con hojas secas, acostábamos a Lucio sobre el trapo, dábamos vueltas a su alrededor en cuatro patas aullando y lamiéndole la cara, nos echábamos a su lado rodeándolo con el cuerpo para protegerlo de Shere Khan. Lucio agitaba los brazos y las piernas, y pegaba grititos como si estuviera encantado con nuestro juego. Hasta Marito hizo de jefe de la manada una tarde y salimos a cazar los dos por los alrededores de la guarida mientras Carmen se quedaba con el bebé.

En febrero Carmen y yo habíamos empezado una casita sobre los árboles de la isla del medio. Un domingo decidimos terminarla y mudar allí unos cacharros y nuestra caja de libros. El Tordo nos había prohibido que lleváramos a Lucio al bote, así que lo dejamos en el muelle en un cajón que había fabricado Marito y al que le habíamos puesto un pequeño colchón. Atardecía y todos estaban dentro de las casas menos Marito, que pescaba río abajo, en el muelle abandonado. Desde nuestra casa del árbol podíamos ver el muelle de doña Ángela con claridad. Calculamos que si Lucio lloraba podríamos llegar enseguida y, convencidas de que no corría peligro alguno, cruzamos a la isla de enfrente para trabajar en la construcción de nuestra casa.

Después, cuando nos contábamos a nosotras mismas cómo habían sido las cosas, a ninguna de las dos le parecía que hubiéramos dejado de mirar a Lucio por más de cinco minutos. Teníamos un martillo cada una y una caja de clavos. Nos pusimos a clavar los tablones a las ramas del sauce con la concentración que hace falta para no martillarse un dedo, pero entre clavo y clavo mirábamos hacia el muelle y veíamos sus piecitos que sobresalían del cajón cuando él sacudía las piernas en el aire. Cada tanto oíamos sus gorjeos felices, porque Lucio era un bebé alegre y no lloraba casi nunca.

Nos dimos cuenta de la creciente cuando ya no había nada que hacer. Era como si el río hubiera decidido crecer de repente y hubiese avanzado sobre la tierra en absoluto